

fuéron atropellados de los toros. Reconoció D. Quijote, y dijo á Sancho: Este es el prado dondè topamos á las bizarras pastoras y gallardos pastores, que en él querian renovaré imitará la pastoral Arcadia: pensamiento tan nuevo como discreto, á cuya imitacion, si es que á tí te parece bien, querria, ó Sancho, que nos convirtiésemos en pastores siquiera el tiempo que tengo de estar recogido. Yo compraré algunas ovejas, y todas las demas cosas que al pastoral ejercicio son necesarias, y llamándome yo el pastor Quijotiz, y tú el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, ó ya de los limpios arroyuelos, ó de los caudalosos rios. Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, á pesar de la oscuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podrémos hacernos eternos y famosos, no solo en los presentes sino en los venideros siglos. Par diez, dijo Sancho, que me ha cuadrado y aun esquinado tal género de vida; y mas que no la ha de haber aun bien visto el bachiller Sanson Carrasco y maese Nicolas el barbero, cuando la han de querer seguir y hacerse pastores con nosotros; y aun quiera Dios no le venga en voluntad al cura de entrar tambien en el aprisco, segun es de alegre y amigo de holgarse. Tú has dicho muy bien, dijo D. Quijote, y podrá llamarse el bachiller Sanson Carrasco, si entra en el pastoral gremio, como entrará sin duda, el pastor Sansonino, ó ya el pastor Carrascon: el barbero Nicolas se podrá llamar Niculoso, como ya el antiguo Boscan se llamó Nemoroso: al cura no sé qué nombre le pongamos, si no es algun derivativo de su nombre, llamándole el pastor Curiambro. Las pastoras de quien hemos de ser amantes, como entre peras podrémos escoger sus nombres, y pues el de mi señora cuadra así al de pastora como al de princesa, no hay para qué cansarme en buscar otro que mejor le venga: tú, Sancho, pondrás á la tuya el que quisieres. No pienso, respondió Sancho, ponerle otro alguno sino el de Teresona, que le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene, pues se llama Teresa, y mas que celebrándola yo en mis versos vengo á descubrir mis castos deseos, pues no ando á buscar pan de trarigo por las casas ajenas. El cura no será bien que tenga pastora, por dar buen ejemplo, y si quisiera el bachiller tenerla, su alma en su palma. ¡Válame Dios, dijo D. Quijote, y qué vida nos hemos de dar, Sancho amigo! ¡Qué de churumbelas han de llegar á nuestros oídos, qué de gaitas zamoranas, qué de tamborines, y qué de sonajas, y qué de rabeles! ¡Pues qué si entre estas diferencias de músicas resuena la de los albogues? Allisé verán casi todos los instrumentos pastorales. ¿Qué son albogues? preguntó Sancho, que ni los he oido nombrar ni los he visto en toda mi vida. Albogues son, respondió D. Quijote, unas chapas á modo de candeleros de azófar, que dando una con otra por lo vacío y hueco, hace un son, si no muy agradable ni armónico, no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la gaita y del tamborin: y este nombre *albogues* es morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua castellana co-

mienzan en *al*: conviene á saber, *almohaza*, *almorzar*, *alhombra*, *alguacil*, *alhucema*, *almacen*, *alcancia*, y otros semejantes, que debèn ser pocos mas, y solo tres tiene nuestra lengua, que son *moriscos* y acaban en *i*, y son *borcegui*, *zaquizami* y *maravedi*: *alhelí* y *alfaqit*, tanto por el *al* primero como por el *i* en que acaban, son conocidos por arábigos. Esto te he dicho de paso por habérmelo reducido á la memoria la ocasion de haber nombrado albogues: y hanos de ayudar mucho á poner en perfeccion este ejercicio el ser yo algun tanto poeta como tú sabes, y el serlo tambien en extremo el bachiller Sanson Carrasco. Del cura no digo nada; pero yo apostaré que debe de tener sus puntas y collares de poeta, y que las tenga tambien maese Nicolas no dudo en ello, porque todos ó los mas son guitarristas y copleros. Yo me quejaré de ausencia; tú te alabarás de firme enamorado; el pastor Carrascon de desdénado, y el cura Curiambro de lo que él mas puede servirse, y así andará la cosa que no haya mas que desear. A lo que respondió Sancho: Yo soy, señor, tan desgraciado, que temo no ha de llegar el dia en que en tal ejercicio me vea. ¡Oh qué polidas eucharas tengo de hacer cuando pastor me vea! ¡Qué de migas, qué de natas, qué de guirnaldas y qué de zarandajas pastoriles! que, puesto que no me granjeen fama de discreto, no dejarán de granjearme la de ingenioso. Sanchica mi hija nos llevará la comida al hato. ¡Peroguardal qué es de buenes parecer, y hay pastores mas maliciosos que simples, y no querria que fuese por lana y volviese trasquilada; y tambien suelen andar los amores y los no buenos deseos por los campos como por las ciudades, y por las pastorales chozas como por los reales palacios, y quitada la causa se quita el pecado, y ojos que no ven corazon que no quiebra, y mas vale salto de mata que ruego de hombres buenos. No mas refranes, Sancho, dijo D. Quijote, pues cualquiera de los que has dicho basta para dar á entender tu pensamiento; y muchas veces te he aconsejado que no seas tan pródigo de refranes, y que te vayas á la mano en decirlos; pero parece-me que es predicar en desierto: y castigame mi madre, y yo trompójelas. Paréceme, respondió Sancho, que vuesa merced es como lo que dicen: Dijo la sarten á la caldera, quitate allá, ojinegra. Estáme reprendiendo que no diga yo refranes, y ensártalos vuesa merced de dos en dos. Mira, Sancho, respondió D. Quijote, yo traigo los refranes á propósito, y vienen cuando los digo como anillo en el dedo; pero tráeslos tú tan por los cabellos, que los arrastras, y no los guias; y si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho que los refranes son sentencias breves, sacadas de la experiencia y especulacion de nuestros antiguos sabios; y el refran que no viene á propósito, ántes es disparate que sentencia. Pero dejémonos desto, y pues ya viene la noche, retirémonos del camino real algun trecho, donde pasarémonos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana. Retiráronse, cenaron tarde y mal, bien contra la voluntad de Sancho, á quien se le representaban las estrechezas de la andante caballeria usadas en las selvas y en los montes, si bien tal vez la abundancia se mostraba en los castillos y casas, así de D. Diego de Miranda, como en las bodas del rico Camacho, y de D. Antonio Moreno; pero consideraba no ser posible ser siempre de dia, ni siempre de noche, y así pasó aquella durmiendo, y su amo velando.

CAPITULO LXVIII.

De la cerdosa aventura que le aconteció á D. Quijote.

Era la noche algo oscura, puesto que la luna estaba en el cielo, pero no en parte que pudiese ser vista; que tal vez la señora Diana se va á pasear á los antípodas, y deja los montes negros y los valles oscuros. Cumplió D. Quijote con la naturaleza, durmiendo el primer sueño sin dar lugar al segundo; bien al reves de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta la mañana, en que se mostraba su buena complexion y pocos cuidados. Los de D. Quijote le desvelaron de manera, que despertó á Sancho, y le dijo: Maravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condicion. Yo imagino que eres hecho de mármol ó de duro bronce, en quien no cabe movimiento ni sentimiento alguno. Yo velo cuando tú duermes, yo lloro cuando cantas, yo me desmayo de ayuno cuando tú estás perezoso y desalentado de puro harto. De buenos criados es conllevar las penas de sus señores, y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquiera. Mira la serenidad desta noche, la soledad en que estamos, que nos convida á entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño. Levántate por tu vida, y desviata algun trecho de aquí, y con buen ánimo y denuedo agradecido date trescientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los del desencanto de Dulcinea: y esto rogando te lo suplico, que no quiero venir contigo á los brazos como la otra vez, porque sé que los tienes pesados. Despues que te hayas dado pasarémos lo que resta de la noche, cantando yo mi ausencia, y tú tu firmeza, dando desde ahora principio al ejercicio pastoral que hemos de tener en nuestra aldea. Señor, respondió Sancho, no soy yo religioso para que desde la mitad de mi sueño me levante y me discipline, ni ménos me parece que del extremo del dolor de los azotes se pueda pasar al de la música. Vuesa merced me deje dormir, y no me apriete en lo del azotarme, que me hará hacer juramento de no tocarme jamas al pelo del sayo, no que al de mis carnes. ¡Oh alma endurecida! ¡Oh escudero sin piedad! ¡Oh pan mal empleado, y mercedes mal consideradas las que te he hecho y pienso de hacerte! Por mí te has visto gobernador, y por mí te ves con esperanzas propincuas de ser conde, ó tener otro título equivalente, y no tardará el cumplimiento dellas mas de cuanto tarde en pasar este año, que yo *post tenebras spero lucem*. No entiendo eso, replicó Sancho; solo entiendo que en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frio, frio que templá el ardor, y finalmente moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey, y al simple con el discreto. Solo una cosa tiene mala el sueño, segun he oido decir, y es que se parece á la muerte, pues de un dormido á un muerto hay muy poca diferencia. Nunca te he oido hablar, Sancho, dijo D. Quijote, tan elegantemente como ahora, por donde vengo á conocer ser verdad el refran que tú algunas veces sueles decir: No con quien naces, sino con quien paces. ¡Ah pesia tall replicó Sancho, señor nuestro amo, no soy yo ahora el que ensarta refranes, que tambien á vuesa merced se le caen de la boca de dos en dos mejor que á mí, sino

que debe de haber entre los míos y los suyos esta diferencia: que los de vuesa merced vendrán á tiempo y los míos á deshora; pero en efecto todos son refranes. En esto estaban cuando sintieron un sordo estruendo y un áspero ruido que por todos aquellos valles se extendia. Levantóse en pié D. Quijote, y puso mano á la espada, y Sancho se agazapó debajo del rucio poniéndose á los lados el lio de las armas y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo como alborotado D. Quijote. De punto en punto iba creciendo el ruido y llegándose cerca á los dos temerosos: á lo ménos al uno, que al otro ya se sabe su valentia. Es pues el caso que llevaban unos hombres á vender á una feria mas de seiscientos puerocos, con los cuales caminaban á aquellas horas, y era tanto el ruido que llevaban y el gruñir y el bufar, que ensordecieron los oídos de D. Quijote y de Sancho, que no advirtieron lo que ser podia. Llegó de tropel la extendida y gruñidora piara, y sin tener respeto á la autoridad de D. Quijote ni á la de Sancho, pasaron por cima de los dos, deshaciendo las trincheas de Sancho, y derribando no solo á D. Quijote, sino llevando por añadidura á Rocinante. El tropel, el gruñir, la presteza con que llegaron los animales inmundos puso en confusion y por el suelo á la albarda, á las armas, al rucio, á Rocinante, á Sancho y á D. Quijote. Levantóse Sancho como mejor pudo, y pidió á su amo la espada, diciéndole que queria matar media docena de aquellos señores y descomedidos puerocos; que ya habia conocido que lo eran. D. Quijote le dijo: Déjalos estar, amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado, y justo castigo del cielo es, que á un caballero andante vencido le coman adivas y le piquen avispas, y le hollen puerocos. Tambien debo de ser castigo del cielo, respondió Sancho, que á los escuderos de los caballeros vencidos los puncean moscas, los coman piojos, y les embista la hambre. Si los escuderos fuéramos hijos de los caballeros á quien servimos, ó parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcanzara la pena de sus culpas hasta la cuarta generacion. Pero ¿qué tienen que ver los Panzas con los Quijotes? Ahora bien, tornémonos á acomodar, y durmamos lo poco que queda de la noche, y amanecerá Dios y medrarémos. Duermes tú, Sancho, respondió D. Quijote, que naciste para dormir, que yo que nací para velar, en el tiempo que falta de aquí al dia daré rienda á mis pensamientos, y los desfogaré en un madrigalete, que sin que tú lo sepas anoche compuse en la memoria. A mí me parece, respondió Sancho, que los pensamientos que dan lugar á hacer coplas no deben de ser muchos: vuesa merced coplee cuanto quisiere, que yo dormiré cuanto pudiere; y luego tomando en el suelo cuanto quisiera, se acurrucó y durmió á sueño suelto, sin que fianzas ni deudas ni dolor alguno se lo estorbare. D. Quijote arrimado á un tronco de un haya, ó de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli no distingue el árbol que era), al son de sus mismos suspiros cantó desta suerte:

Amor, cuando yo pienso
En el mal que me das terrible y fuerte,
Voy corriendo á la muerte,
Pensando así acabar mi mal inmenso:
Mas en llegando al paso,
Que es puerto en este mar de mi tormento,
Tanta alegría siento,
Que la vida se esfuerza, y no le paso.
Así el vivir me mata,
Que la muerte me torna á dar la vida.
¡Oh condicion no oida,
La que conmigo muerte y vida trata!

Cada verso destes acompañaba con muchos suspiros y no pocas lágrimas, bien como aquel cuyo corazón tenía traspasado con el dolor del vencimiento y con la ausencia de Dulcinea. Llegóse en esto el día, dió el sol con sus rayos en los ojos á Sancho: despertó y esperezóse, sacudiéndose y estirándose los perezosos miembros: miró el destrozo que habían hecho los puercos en su repostería, y maldijo la piara y aun mas adelante. Finalmente, volvieron los dos á su comenzado camino, y al declinar de la tarde vieron que hacía ellos venían hasta diez hombres de á caballo, y cuatro ó cinco de á pie. Sobresaltóse el corazón de D. Quijote, y azoróse el de Sancho, porque la gente que se les llegaba traía lanzas y adargas, y venía muy á punto de guerra. Volvióse D. Quijote á Sancho, y díjole: Si yo pudiera, Sancho, ejercitar mis armas, y mi promesa no me hubiera atado los brazos, esta máquina que sobre nosotros viene la tuviera yo por portas y pan pintado, pero podría ser fuese otra cosa de la que tememos. Llegaron en esto los de á caballo, y arbolando las lanzas, sin hablar palabra alguna rodearon á D. Quijote, y se las pusieron á las espaldas y pechos amenazándole de muerte. Uno de los de á pie, puesto un dedo en la boca en señal de que callase, asíó del freno de Rocinante, y le sacó del camino; y los demas de á pie, antecogiendo á Sancho y al rucio, guardando todos maravilloso silencio, siguieron los pasos del que llevaba á D. Quijote, el cual dos ó tres veces quiso preguntar adónde le llevaban, ó qué querían; pero apenas comenzaba á mover los labios, cuando se los iban á cerrar con los hierros de las lanzas, y á Sancho le acontecia lo mismo, porque apenas daba muestras de hablar, cuando uno de los de á pie con un aguijón le punzaba, y al rucio ni mas ni menos, como si hablar quisiera. Cerró la noche, apresuraron el paso, creció en los dos presos el miedo, y mas cuando oyeron que de cuando en cuando decían: Caminad, trogloditas; callad, bárbaros; pagad antropófagos; no os quejeis, scitas, ni abrais los ojos, Polifeinos matadores, leones carniceros, y otros nombres semejantes á estos, con que atormentaban los oídos de los miserables amo y mozo. Sancho iba diciendo entre sí: ¿Nosotros tortolitas, nosotros barberos ni estropajos, nosotros perritas, á quien dicen cita, cita? No me contentan nada estos nombres, á mal viento va esta parva, todo el mal nos viene junto como al perro los paños, y ojalá parase en ellos lo que amenaza esta aventura tan desventurada. Iba D. Quijote embelesado, sin poder atinar con cuantos discursos hacia qué serían aquellos nombres llenos de vituperios que les ponían, de los cuales sacaba en limpio no esperar ningún bien, y temer mucho mal. Llegaron en esto un hora casi de la noche á un castillo, que bien conoció D. Quijote que era el del Duque, donde había poco que habían estado. ¡Válame Dios! dijo así como conoció la estancia, ¿y qué será esto? Sí, que en esta casa todo es cortesía y buen comedimiento; pero para los vencidos el bien se vuelve en mal, y el mal en peor. Entraron al patio principal del castillo, y viéronle aderezado y puesto de manera que les acrecentó la admiración y les dobló el miedo, como se verá en el siguiente capítulo.

CAPITULO LXIX.

Del mas raro y mas nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia avino á D. Quijote.

Apeáronse los de á caballo, y junto con los de á pie, tomando en peso y arrebatadamente á Sancho y á D. Quijote los entraron en el patio, al rededor del cual ardian casi cien hachas puestas en sus blandones, y por los corredores del patio mas de quinientas luminarias, de modo que á pesar de la noche, que se mostraba algo oscura, no se echaba de ver la falta del día. En medio del patio se levantaba un túmulo como dos varas del suelo, cubierto todo con un grandísimo dosel de terciopelo negro, al rededor del cual porsus gradas ardian velas de cera blanca sobre mas de cien candeleros de plata; encima del cual túmulo se mostraba un cuerpo muerto de una tan hermosa doncella, que hacia parecer con su hermosura hermosa á la misma muerte. Tenía la cabeza sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda de diversas y odoríferas flores tejida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas un ramo de amarilla y vencedora palma. A un lado del patio estaba puesto un teatro, y en dos sillones sentados dos personajes, que por tener coronas en la cabeza y cetros en las manos daban señales de ser algunos reyes, ya verdaderos ó ya fingidos. Al lado deste teatro, adonde se subía por algunas gradas, estaban otras dos sillones, sobre las cuales los que trujeron los presos sentaron á D. Quijote y á Sancho, todo esto callando, y dándoles á entender con señales á los dos que asimismo callasen; pero sin que se lo señalaran callaran ellos, porque la admiración de lo que estaban mirando les tenía atadas las lenguas. Subieron en esto al teatro con mucho acompañamiento dos principales personajes, que luego fuéron conocidos de D. Quijote, ser el Duque y la Duquesa sus huéspedes, los cuales se sentaron en dos riquísimas sillas junto á los dos que parecían reyes. ¿Quién no se habia de admirar con esto, añadiéndose á ello haber conocido D. Quijote que el cuerpo muerto que estaba sobre el túmulo era el de la hermosa Altisidora? Al subir el Duque y la Duquesa en el teatro se levantaron D. Quijote y Sancho, y les hicieron una profunda humillación, y los Duques hicieron lo mismo inclinando algun tanto las cabezas. Salió en esto de traves un ministro, y llegándose á Sancho le echó una ropa de bocacá negro encima, toda pintada con llamas de fuego, y quitándole la caperuza le puso en la cabeza una coraza, al modo de las que sacan los penitenciados por el Santo Oficio, y díjole al oído que no descosiese los labios, porque le echarían una mordaza ó le quitarían la vida. Mirábase Sancho de arriba abajo, veíase ardiendo en llamas; pero como no le quemaban no las estimaba en dos ardites. Quitóse la coraza, vióla pintada de diablos, volviósela á poner diciendo entre sí: Aun bien que ni ellas me abrasan, ni ellos me llevan. Mirábase tambien D. Quijote, y aunque el temor le tenia suspensos los sentidos, no dejó de reirse de ver la figura de Sancho. Comenzó en esto á salir, al parecer, debajo del túmulo un son sumiso y agradable de flautas, que por no ser impedido de alguna humana voz, porque en aquel sitio el mismo silencio guardaba silencio, asimismo se mostraba blando y amoroso. Luego hizo de sí improvisa muestra, junto á la almohada del al parecer cadáver, un hermoso mancebo vestido á lo romano, que

el son de una arpa, que él mismo tocaba, cantó consuavisima y clara voz estas dos estancias:

En tanto que en sí vuelve Altisidora,
Muerta por la crueldad de Don Quijote;
Y en tanto que en la corte encantadora
Se vistieren las damas de picote;
Y en tanto que á sus dueñas mi señora
Vistiere de bayeta y de anascote,
Cantaré su belleza y su desgracia.
Con mejor plectro que el cantor de Tracia.
Y aun no se me figura que me toca
Aqueste oficio solamente en vida,
Mas con la lengua muerta y fria en la boca
Pienso mover la voz á tí debida:
Libre mi alma de su estrecha roca,
Por el Estigio lago conducida,
Celebrándote irá, y aquel sonido
Hará parar las aguas del Olvido.

No mas, dijo á esta sazón uno de los dos que parecían reyes: no mas, cantor divino, que sería proceder en infinito representarnos ahora la muerte y las gracias de la sin par Altisidora, no muerta, como el mundo ignorante piensa, sino viva en las lenguas de la fama, y en la pena que para volverla á la perdida luz ha de pasar Sancho Panza, que está presente: y así, ó tú, Radamanto, que conmigo juzgas en las cavernas lóbregas de Dite, pues sabes todo aquello que en los inescrutables hados está determinado acerca de volver en sí esta doncella, dílo, y decláralo luego, porque no se nos dilate el bien que con su nueva vuelta esperamos. Apenas hubo dicho esto Minos, juez y compañero de Radamanto, cuando levantándose en pie Radamanto, dijo: Ea, ministros desta casa, altos y bajos, grandes y chicos, acudid unos tras otros, y sellad el rostro de Sancho con veinte y cuatro mamonas, y doce pellizcos y seis alfilerazos en brazos y lomos, que en esta ceremonia consiste la salud de Altisidora. Oyendo lo cual Sancho Panza rompió el silencio y dijo: Voto á tal, así me deje yo sellar el rostro ni manosearme la cara como volverme moro. ¿Cuerpo de mí! ¿qué tiene que ver manosearme el rostro con la resurrección desta doncella? Regostóse la vieja á los bledos: encantan á Dulcinea, y azótanme para que se desencante: muérese Altisidora de males que Dios quiso darle, y hanla de resucitar hacerme á mi veinte y cuatro mamonas, y acribarme el cuerpo á alfilerazos, y acardenalarme los brazos á pellizcos. Esas burlas á un cuñado, que yo soy perro viejo, y no hay conmigo tus, tus. Morirás, dijo en alta voz Radamanto: ablándate, tigre, humillate, Nembrot soberbio, y sufre y calla, pues no te piden imposibles, y no te metas en averiguar las dificultades deste negocio: mamonado has de ser, acrebillado te has de ver, pellizcado has de gemir. Ea, digo, ministros, cumplid mi mandamiento; si no, por la fe de hombre de bien, que habeis de ver para lo que nacisteis. Parecieron en esto que por el patio venían hasta seis dueñas en procesion una tras otra, las cuatro con antojos, y todas levantadas las manos derechas en alto, con cuatro dedos de muñecas de fuera, para hacer las manos mas largas, como ahora se usa. No las hubo visto Sancho cuando bramando como un toro, dijo: Bien podré yo dejarme manosear de todo el mundo, pero consentir que me toquen dueñas, eso no. Gatéenne el rostro, como hicieron á mi amo en este mesmo castillo: traspásenme el cuerpo con puntas de dagas buidas: atenácenme los brazos con tenazas de fuego, que yo lo llevaré en paciencia, ó servirá á estos señores; pero que me toquen dueñas, no lo consentiré si me llevase el diablo.

Rompió tambien el silencio D. Quijote, diciendo á Sancho: Ten paciencia, hijo, y da gusto á estos señores, y muchas gracias al cielo por haber puesto tal virtud en tu persona, que con el martirio della desencantes los encantados, y resucites los muertos. Ya estaban las dueñas cerca de Sancho cuando él, mas blando y mas persuadido, poniéndose bien en la silla dió rostro y barba á la primera, la cual le hizo una mamona muy bien sellada, y luego una gran reverencia. Méenos cortesía, méenos mudas, señora dueña, dijo Sancho, que por Dios que traeis las manos oliendo á vinagrillo. Finalmente, todas las dueñas le sellaron, y otra mucha gente de casa le pellizcaron; pero lo que él no pudo sufrir fué el punzamiento de los alfileres, y así se levantó de la silla al parecer mohino, y asiendo de una hacha encendida que junto á él estaba, dió tras las dueñas y tras todos sus verdugos, diciendo: Afuera, ministros infernales, que no soy yo de bronce para no sentir tan extraordinarios martirios. En esto Altisidora, que debia de estar cansada por haber estado tanto tiempo supina, se volvió de un lado: visto lo cual por los circunstantes, casi todos á una voz dijeron: Viva es Altisidora, Altisidora vive. Mandó Radamanto á Sancho que depusiese la ira, pues ya se habia alcanzado el intento que se procuraba. Así como D. Quijote vió rebullir á Altisidora, se fué á poner de rodillas delante de Sancho, diciéndole: Ahora es tiempo, hijo de mis entrañas, no que escudero mio, que te des algunos de los azotes que estás obligado á darte por el desencante de Dulcinea. Ahora digo que es el tiempo donde tienes sazónada la virtud, y con eficacia de obrar el bien que de tí se espera. A lo que respondió Sancho: Esto me parece argado sobre argado, y no miel sobre hojuelas: bueno sería que tras pellizcos, mamonas y alfilerazos viniesen ahora los azotes: no tienen mas que hacer sino tomar una gran piedra, y atármela al cuello, y dar conmigo en un pozo, de lo que á mí no pesaría mucho, si es que para curar los males ajenos tengo yo de ser la vaca de la boda. Déjenme; si no, por Dios que lo arroje y lo eche todo á trece aunque no se venda. Ya en esto se habia sentado en el túmulo Altisidora, y al mismo instante sonaron las chirimías, á quien acompañaron las flautas y las voces de todos, que aclamaban: Viva Altisidora, Altisidora viva. Levantáronse los Duques y los reyes Minos y Radamanto, y todos juntos con D. Quijote y Sancho fuéron á recibir á Altisidora, y á bajarla del túmulo, la cual haciendo de la desmayada se inclinó á los Duques y á los reyes, y mirando de traves á D. Quijote le dijo: Dios te lo perdone, desamorado caballero, pues por tu crueldad he estado en el otro mundo á mi parecer mas de mil años: y á tí, ó el mas compasivo escudero que contiene el orbe, te agradezco la vida que poseo. Dispon desde hoy mas, amigo Sancho, de seis camisas mias que te mando, para que hagas otras seis para tí, y si no son todas sanas, á lo ménos son todas limpias. Besóle por ello las manos Sancho con la coraza en la mano y las rodillas en el suelo. Mandó el Duque que se la quitasen, y le volbiesen su caperuza, y le pusiesen el sayo, y le quitasen la ropa de las llamas. Suplicó Sancho al Duque que le dejasen la ropa y mitra, que la queria llevar á su tierra por señal y memoria de aquel nunca visto suceso. La Duquesa respondió que si dejarían, que ya sabia él cuán grande amiga suya era. Mandó el Duque despejar el patio, y que todos se reco-

giesen á sus estancias, y que á D. Quijote y á Sancho los llevasen á las que ellos ya se sabían.

CAPITULO LXX.

Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no excusadas para la claridad desta historia.

Durmió Sancho aquella noche en una carriola en el mismo aposento de D. Quijote, cosa que él quisiera excusarla si pudiera, porque bien sabía que su amo no le habia de dejar dormir á preguntas y á respuestas, y no se hallaba en disposicion de hablar mucho, porque los dolores de los martirios pasados los tenia presentes, y no le dejaban libre la lengua, y viniérale mas á cuento dormir en una choza solo, que no en aquella rica estancia acompañado. Salióle su temor tan verdadero y su sospecha tan cierta, que apenas hubo entrado su señor en el lecho, cuando dijo: ¿Qué te parece, Sancho, del suceso desta noche? Grande y poderosa es la fuerza del desden desamorado, como por tus mismos ojos has visto muerta á Altisidora, no con otras saetas, ni con otra espada, ni con otro instrumento bélico, ni con venenos mortíferos, sino con la consideracion del rigor y el desden con que yo siempre la he tratado. Muérase ella enhorabuena cuando quisiera y como quisiera, respondió Sancho, y dejárame á mí en mi casa, pues ni yo la enamoré, ni la desdeñé en mi vida. Yo no sé ni puedo pensar cómo sea, que la salud de Altisidora, doncella mas antojadiza que discreta, tenga que ver, como otra vez he dicho, con los martirios de Sancho Panza. Ahora sí que vengo á conocer clara y distintamente que hay encantadores y encantos en el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me sé librar: con todo esto suplico á vuesa merced me deje dormir, y no me pregunte mas, si no quiere que me arroje por una ventana abajo. Duerme, Sancho amigo, respondió D. Quijote, si es que te dan lugar los alfilerazos y pellizcos recibidos y las mamonas hechas. Ningun dolor, replicó Sancho, llegó á la afrenta de las mamonas, no por otra cosa que por habérmelas hecho dueñas, que confundidas sean: y torno á suplicar á vuesa merced me deje dormir, porque el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertas. Sea así, dijo D. Quijote, y Dios te acompañe. Durmiéronse los dos, y en este tiempo quiso escribir y dar cuenta Cide Hamete, autor desta grande historia, qué les movió á los Duques á levantar el edificio de la máquina referida: y dice que no habiéndosele olvidado al bachiller Sanson Carrasco cuando el caballero de los Espejos fué vencido y derribado por D. Quijote, cuyo vencimiento y caída borró y deshizo todos sus designios, quiso volver á probar la mano, esperando mejor suceso que el pasado: y así, informándose del paje que llevó la carta y presente á Teresa Panza, mujer de Sancho, adónde D. Quijote quedaba, buscó nuevas armas y caballo, y puso en el escudo la blanca luna, llevándolo todo sobre un macho, á quien guiaba un labrador, y no Tomé Cecial, su antiguo escudero, porque no fuese conocido de Sancho ni de D. Quijote. Llegó pues al castillo del Duque, que le informó el camino y derrota que D. Quijote llevaba, con intento de hallarse en las justas de Zaragoza. Díjole asimismo las burlas que le habia hecho con la traza del desencanto de Dulcinea, que habia de ser á costa de las posaderas de Sancho. En fin, dió cuenta de la burla que Sancho ha-

bia hecho á su amo, dándole á entender que Dulcinea estaba encantada y trasformada en labradora, y cómo la Duquesa su mujer habia dado á entender á Sancho que él era el que se engañaba, porque verdaderamente estaba encantada Dulcinea, de que no poco se rió y admiró el bachiller, considerando la agudeza y simplicidad de Sancho, como del extremo de la locura de D. Quijote. Pidióle el Duque que si le hallase, y le venciese ó no, se volviese por allí á darle cuenta del suceso. Hízolo así el bachiller: partióse en su busca, no le halló en Zaragoza, pasó adelante, y sucedióle lo que queda referido. Volvióse por el castillo del Duque, y contóselo todo, con las condiciones de la batalla, y que ya D. Quijote volvía á cumplir como buen caballero andante la palabra de retirarse un año en su aldea; en el cual tiempo podia ser, dijo el bachiller, que sanase de su locura, que esta era la intencion que le habia movido á hacer aquellas transformaciones, por ser cosa de lástima que un hidalgo tan bien entendido como D. Quijote fuese loco. Con esto se despidió del Duque, y se volvió á su lugar, esperando en él á D. Quijote, que tras él venía. De aquí tomó ocasion el Duque de hacerle aquella burla: tanto era lo que gustaba de las cosas de Sancho y de D. Quijote, y haciendo tomar los caminos cerca y lejos del castillo por todas las partes que imaginó que podria volver D. Quijote, con muchos criados suyos de á pié y de á caballo, para que por fuerza ó de grado le trujesen al castillo, si le hallasen, halláronle, dieron aviso al Duque, el cual ya prevenido de todo lo que habia de hacer, así como tuvo noticia de su llegada, mandó encender las hachas y las luminarias del patio, y poner á Altisidora sobre el túmulo, con todos los aparatos que se han contado, tan al vivo y tan bien hechos, que de la verdad á ellos habia bien poca diferencia: y dice mas Cide Hamete, que tiene para sí ser tan locos los burladores como los burlados, y que no estaban los Duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahinco ponian en burlarse de dos tontos; los cuales, el uno durmiendo á sueño suelto, y el otro velando á pensamientos desatados, les tomó el dia y la gana de levantarse: que las ociosas plumas, ni vencido ni vencedor, jamas dieron gusto á D. Quijote. Altisidora, en la opinion de D. Quijote vuelta de muerte á vida, siguiendo el humor de sus señores, coronada con la misma guirnalda que en el túmulo tenia, y vestida una tunicela de tafetan blanco sembrada de flores de oro, y sueltos los cabellos por las espaldas, arrimada á un báculo de negro y finísimo ébano, entró en el aposento de D. Quijote, con cuya presencia, turbado y confuso se encogió y cubrió casi todo con las sábanas y colchas de la cama, muda la lengua, sin que acertase á hacerle cortesía ninguna. Sentóse Altisidora en una silla junto á su cabeceira, y despues de haber dado un gran suspiro, con voz tierna y debilitada le dijo: Cuando las mujeres principales y las recatadas doncellas atropellan por la honra, y dan licencia á la lengua que rompa por todo inconveniente, dando noticia en público de los secretos que su corazon encierra, en estrecho término se hallan. Yo, señor D. Quijote de la Mancha, soy una destas, apretada, vencida y enamorada; pero con todo esto sufrida y honesta, tanto, que por serlo tanto reventó mi alma por mi silencio, y perdí la vida. Dos dias há que por la consideracion del rigor con que me has tratado, ¡oh mas duro que mármol á mis quejas, empedernido caballero! he estado

muerta, ó á lo ménos juzgada por tal de los que me han visto: y si no fuera porque el amor, con doléndose de mí, depositó mi remedio en los martirios deste buen escudero, allá me quedara en el otro mundo. Bien pudiera el amor, dijo Sancho, depositarlos en los de mi amo, que yo se lo agradeciera. Pero dígame, señora, así el cielo la acomode con otro mas blando amante que mi amo, ¿qué es lo que vió en el otro mundo? qué hay en el infierno? porque quien muere desesperado, por fuerza ha de tener aquel paradero. La verdad que os diga, respondió Altisidora, yo no debí de morir del todo, pues no entré en el infierno; que si allá entrara, una por una no pudiera salir del aunque quisiera. La verdad es que llegué á la puerta, adonde estaban jugando hasta una docena de diablos á la pelota, todos en calzas y en jubon, con valonas guarnecidas con puntas de randas flamencas y con unas vueltas de lo mismo, que les servian de puños, con cuatro dedos de brazo de fuera, porque pareciesen las manos mas largas, en las cuales tenian unas palas de fuego: y lo que mas me admiró fué que les servian en lugar de pelotas libros, al parecer llenos de viento y de borra, cosa maravillosa y nueva; pero esto no me admiró tanto como el ver que siendo natural de los jugadores el alegrarse los gananciosos, y entristecerse los que pierden, allí en aquel juego todos gruñian, todos regañaban y todos se maldecian. Eso no es maravilla, respondió Sancho, porque los diablos, jueguen ó no jueguen, nunca pueden estar contentos, ganen ó no ganen. Así debe de ser, respondió Altisidora; mas hay otra cosa, que tambien me admira (quiere decir me admiró entónces), y fué que al primer boleó no quedaba pelota en pié, ni de provecho para servir otra vez, y así menudeaban libros nuevos y viejos, que era una maravilla. A uno dellos, nuevo, flamante y bien encuadernado, le dieron un papirotazo que le sacaron las tripas, y le espacieron las hojas. Dijo un diablo á otro: Mirad qué libro es ese, y el diablo le respondió: Esta es la Segunda parte de la historia de Don Quijote de la Mancha, nocompuesta por Cide Hamete, su primer autor, sino por un aragones, que él dice ser natural de Tordesillas. Quitádmelo de ahí, respondió el otro diablo, y metedle en los abismos del infierno, no le vean mas mis ojos. ¿Tan malo es? respondió el otro. Tan malo, replicó el primero, que si de propósito yo mismo me pusiera á hacerle peor, no acertara. Prosiguieron su juego peloteando otros libros, y yo por haber oido nombrar á D. Quijote, á quien tanto adamo y quiero, procuré que se me quedase en la memoria esta vision. Vision debió de ser sin duda, dijo D. Quijote, porque no hay otro yo en el mundo, y ya esa historia anda por acá de mano en mano; pero no pára en ninguna, porque todos la dan del pié. Yo no me he alterado en oír que ando como cuerpo fantástico por las tinieblas del abismo, ni por la claridad de la tierra, porque no soy aquel de quien esa historia trata. Si ella fuere buena, fiel y verdadera, tendrá siglos de vida; pero si fuere mala, de su parto á la sepultura no será muy largo el camino. Iba Altisidora á proseguir en quejarse de D. Quijote, cuando le dijo D. Quijote: Muchas veces os he dicho, señora, que á mí me pesa de que hayais colocado en mí vuestros pensamientos, pues de los míos ántes pueden ser agradecidos que remediados. Yo nací para ser de Dulcinea del Toboso; y los hados, si los hubiera, me dedicaron para ella; y pensar que otra alguna hermosura ha

de ocupar el lugar que en mi alma tiene, es pensar lo imposible. Suficiente desengaño es este para que os retiréis en los límites de vuestra honestidad, pues nadie se puede obligar á lo imposible. Oyendo lo cual Altisidora, mostrando enojarse y alterarse, le dijo: Vive el Señor, don bacallao, alma de almirez, cuesco de dátil, mas terco y duro que villano rogado cuando tiene la suya sobre el hito, que si arremeto á vos, que os tengo de sacar los ojos. ¿Pensáis por ventura, don vencido y don molido á palos, que yo me he muerto por vos? Todo lo que habeis visto esta noche ha sido fingido, que no soy yo mujer que por semejantes camellos habia de dejar que me doliese un negro de la uña, cuanto mas morirme. Eso creo yo muy bien, dijo Sancho, que esto del morirse los enamorados es cosa de risa: bien lo pueden ellos decir; pero hacer, créalo Júdas. Estando en estas pláticas entró el músico cantor y poeta, que habia cantado las dos ya referidas estancias, el cual, haciendo una gran reverencia á D. Quijote, dijo: Vuesa merced, señor caballero, me cuente y tenga en el número de sus mayores servidores, porque há muchos dias que le soy muy aficionado, así por su fama, como por sus hazañas. D. Quijote le respondió: Vuesa merced me diga quién es, porque mi cortesía responda á sus merecimientos. El mozo respondió que era el músico y panegrico de la noche ántes. Por cierto, replicó D. Quijote, que vuesa merced tiene extremada voz; pero lo que cantó no me parece que fué muy á propósito; porque ¿qué tienen que ver las estancias de Garcilaso con la muerte desta señora? No se maraville vuesa merced deso, respondió el músico, que ya entre los intonos poetas de nuestra edad se usa que cada uno escriba como quisiere, y hurte de quien quisiere, venga ó no venga á pelo de su intento; y ya no hay necesidad que canten ó escriban, que no se atribuya á licencia poética. Responder quisiera D. Quijote, pero estorbáronlo el Duque y la Duquesa, que entraron á verle, entre los cuales pasaron una larga y dulce plática, en la cual dijo Sancho tantos donaires y tantas malicias, que dejaron de nuevo admirados á los Duques, así con su simplicidad, como con su agudeza. D. Quijote les suplicó le diesen licencia para partirse aquel mismo dia, pues á los vencidos caballeros como él, mas les convenia habitar una zahurda que no reales palacios. Diéronselo de muy buena gana, y la Duquesa le preguntó si quedaba en su gracia Altisidora. El le respondió: Señora mia, sepa vuestra señoría que todo el mal desta doncella nace de ociosidad, cuyo remedio es la ocupacion honesta y continua. Ella me ha dicho aquí que se usan randas en el infierno; y pues ella las debe de saber hacer, no las deje de la mano, que ocupada en menear los palillos no se menearán en su imaginacion la imagen ó imágenes de lo que bien quiere; y esta es la verdad, este mi parecer y este es mi consejo. Y el mio, añadió Sancho, pues no he visto en toda mi vida randería que por amor se haya muerto; que las doncellas ocupadas mas ponen sus pensamientos en acabar sus tareas, que en pensar en sus amores. Por mí lo digo, pues mientras estoy cavando no me acuerdo de mi óslo, digo, de mi Teresa Panza, á quien quiero mas que á las pestañas de mis ojos. Vos decís muy bien, Sancho, dijo la Duquesa, y yo haré que mi Altisidora se ocupe de aquí adelante en hacer alguna labor blanca, que la sabe hacer por extremo. No hay para qué, señora, respondió Altisidora, usar dese

remedio, pues la consideracion de las crueldades que conmigo ha usado este malandrín mostrenco, me le borrarán de la memoria sin otro artificio alguno; y con licencia de vuestra grandeza me quiero quitar de aquí por no ver delante de mis ojos, ya no su triste figura, sino su fea y abominable catadura. Eso me parece, dijo el Duque, á lo que suele decirse, que aquel que dice injurias, cerca está de perdonar. Hizo Altisidora muestra de limpiarse las lágrimas con un pañuelo, y haciendo reverencia á sus señores se salió del aposento. Mándote yo, dijo Sancho, pobre doncella, mándote, digo, mala ventura, pues las has habido con un alma de esparto y con un corazón de encina: á fe que si las hubieras conmigo, que otro gallo te cantara. Acabóse la plática, vistióse D. Quijote, comió con los Duques, y partióse aquella tarde.

CAPITULO LXXI.

De lo que á D. Quijote le sucedió con su escudero Sancho, yendo á su aldea.

Iba el vencido y asendereado D. Quijote pensativo además por una parte, y muy alegre por otra. Causaba su tristeza el vencimiento, y la alegría el considerar en la virtud de Sancho, como lo había mostrado en la resurrección de Altisidora, aunque con algún escrúpulo se persuadía á que la enamorada doncella fuese muerta de véras. No iba nada alegre Sancho, porque le entristecía ver que Altisidora no le había cumplido la palabra de darle las camisas, y yendo y viniendo en esto, dijo á su amo: En verdad, señor, que soy el mas desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el cual hay físicos que con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro sino firmar una cedula de algunas medicinas, que no las hace él, sino el boticario, y cántalo cantusado; y á mí, que la salud ajena me cuesta gotas de sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos y azotes, no me dan un ardite: pues yo les voto á tal, que si me traen á las manos otro enfermo, que ántes que le cure me han de untar las mias; que el abad de donde canta yanta; y no quiero creer que me haya dado el cielo la virtud que tengo, para que yo la comunique con otros de bóbilis bóbilis. Tú tienes razón, Sancho amigo, respondió D. Quijote, y halo hecho muy mal Altisidora en no haberte dado las prometidas camisas; y puesto que tu virtud es *gratis data*, que no te ha costado estudio alguno, más que estudio es recibir martirios en tu persona: de mí te sé decir que si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinea, ya te la hubiera dado tal como buena; pero no sé si vendrá bien con la cura la paga, y no querria que impidiese el premio á la medicina. Con todo eso, me parece que no se perderá nada en probarlo: mira, Sancho, el que quieres, y azótate luego, y págate de contado y de tu propia mano, pues tienes dineros míos. A cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos y las orejas de un palmo, y dió consentimiento en su corazón á azotarse de buena gana, y dijo á su amo: Agora bien, señor, yo quiero disponerme á dar gusto á vuesa merced en lo que desea, con provecho mio: que el amor de mis hijos y de mi mujer me hace que me muestre interesado. Dígame vuesa merced cuánto me dará por cada azote que me diere. Si yo te hubiera de pagar, Sancho, respondió D. Quijote, conforme lo que merece la grandeza y calidad deste remedio,

el tesoro de Venecia, las minas del Potosí fueran poco para pagarte: toma tú el tiento á lo que llevas mio, y pon el precio á cada azote. Ellos, respondió Sancho, son tres mil y trescientos y tantos: dellos me he dado hasta cinco, y vengamos á los tres mil y trescientos, que á cuartillo cada uno, que no llevaré ménos si todo el mundo me lo mandase, montan tres mil y trescientos cuartillos, que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cincuenta reales, y los trescientos hacen ciento y cincuenta medios reales, que vienen á hacer setenta y cinco reales, que juntándose á los setecientos y cincuenta, son por todos ochocientos y veinte y cinco reales. Estos desfalcaré yo de los que tengo de vuesa merced, y entraré en mi casa rico y contento, aunque bien azotado, porque no se toman truchas... y no digo mas. ¡Oh Sancho bendito! Oh Sancho amable! respondió D. Quijote, y cuán obligados hemos de quedar Dulcinea y yo á servirte todos los días que el cielo nos diere de vida. Si ella vuelve al sér perdido (que no es posible sino que vuelva), su desdicha habrá sido dicha, y mi vencimiento felicísimo triunfo: y mira, Sancho, cuándo quieres comenzar la disciplina, que porque la abrevies te añado cien reales. ¿Cuándo? replicó Sancho, esta noche sin falta: procure vuesa merced que la tengamos en el campo al cielo abierto, que yo me abriré mis carnes. Llegó la noche esperada de D. Quijote con la mayor ansia del mundo, pareciéndole que las ruedas del carro de Apolo se habían quebrado, y que el día se alargaba mas de lo acostumbrado, bien así como acontece á los enamorados, que jamas ajustan la cuenta de sus deseos. Finalmente se entraron entre unos amenos árboles que poco desviados del camino estaban, donde dejando vacías la silla y albarda de Rocinante y el rucio, se tendieron sobre la verde yerba, y cenaron del repuesto de Sancho, el cual haciendo del cabestro y de la jáquima del rucio un poderoso y flexible azote, se retiró hasta veinte pasos de su amo entre unas hayas. D. Quijote, que le vió ir con denuedo y con brio, le dijo: Mira, amigo, que no te hagas pedazos, da lugar que unos azotes aguarden á otros, no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad della te falte el aliento: quiero decir, que no te des tan recio, que te falte la vida ántes de llegar al número deseado; y porque no pierdas por carta de mas ni de ménos, yo estaré desde aparte contando por este mi rosario los azotes que te dieres. Favorécate el cielo conforme tu buena intencion merece. Al buen pagador no le duelen prendas, respondió Sancho; yo pienso darme de manera, que sin matarme me duela, que en esto debe de consistir la sustancia deste milagro. Desnudóse luego de medio cuerpo arriba, y arrebatando el cordel comenzó á darse, y comenzó D. Quijote á contar los azotes. Hasta seis ó ocho se habria dado Sancho cuando le pareció ser pesada la burla, y muy barato el precio della, y deteniéndose un poco, dijo á su amo que se llamaba á engaño, porque merecia cada azote de aquellos ser pagado á medio real, no que á cuartillo. Prosigue, Sancho amigo, y no desmayes, le dijo D. Quijote, que yo doblo la parada del precio. Dese modo, dijo Sancho, á la mano de Dios, y lluevan azotes; pero el socarrón dejó de dárselos en las espaldas, y daba en los árboles, con unos suspiros de cuando en cuando, que parecia que con cada uno dellos se le arrancaba el alma. Tierna

la de D. Quijote, temeroso de que no se le acabase la vida, y no consiguiere su deseo por la imprudencia de Sancho, le dijo: Por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio, que me parece muy áspera esta medicina, y será bien dar tiempo al tiempo, que no se ganó Zamora en un hora. Mas de mil azotes, si yo no he contado mal, te has dado; bastan por ahora, que el asno, hablando á lo grosero, sufre la carga, mas no la sobrecarga. No, no, señor, respondió Sancho, no se ha de decir por mí: A dineros pagados brazos quebrados: apártese vuesa merced otro poco, y déjeme dar otros mil azotes si quiera, que á dos levadas destas habrémos cumplido con esta partida, y aun nos sobrará ropa. Pues tú te hallas con tan buena disposicion, dijo D. Quijote, el cielo te ayude, y pégate, que yo me aparto. Volvió Sancho á su tarea con tanto denuedo, que ya había quitado las cortezas á muchos árboles: tal era la riguridad con que se azotaba; y alzando una vez la voz, y dando un desaforado azote en una haya, dijo: Aquí morirá Sansón, y cuantos con él son. Acudió D. Quijote luego al son de la lastimada voz y del golpe del riguroso azote, y asiendo del torcido cabestro que le servia de corbacho á Sancho, le dijo: No permita la suerte, Sancho amigo, que por el gusto mio pierdas tú la vida, que ha de servir para sustentar á tu mujer y á tus hijos: espere Dulcinea mejor coyuntura, que yo me contendré en los límites de la esperanza propinqua, y esperaré que cobres fuerzas nuevas para que se concluya este negocio á gusto de todos. Pues vuesa merced, señor mio, lo quiere así, respondió Sancho, sea en buena hora, y écheme su ferriuelo sobre estas espaldas, que estoy sudando, y no querria resfriarme, que los nuevos diciplinantes corren este peligro. Hizolo así D. Quijote, y quedándose en pérola abrigó á Sancho, el cual se durmió hasta que le despertó el sol, y luego volvieron á proseguir su camino, á quien dieron fin por entónces en un lugar que tres leguas de allí estaba. Apeáronse en un meson, que por tal le reconoció D. Quijote, y no por castillo de cava honda, torres, rastrillos y puente levadiza: que despues que le vencieron, con mas juicio en todas las cosas discurria, como ahora se dirá. Alojaronle en una sala baja, á quien servian de guadameciles unas sargas viejas pintadas, como se usa en las aldeas. En una dellas estaba pintado de malísima mano el robo de Elena cuando el atrevido huésped se la llevó á Menelao, y en otra estaba la historia de Dido y de Enéas, ella sobre una alta torre, como que hacia de señas con una media sábana al fugitivo huésped, que por el mar sobre una fragata ó bergantín se iba huyendo. Notó en las dos historias que Elena no iba de muy mala gana, porque se reía á socapa y á lo socarrón; pero la hermosa Dido mostraba verter lágrimas del tamaño de nueces por los ojos. Viendo lo cual D. Quijote, dijo: Estas dos señoras fueron desdichadísimas por no haber nacido en esta edad, y yo sobre todos desdichado en no haber nacido en la suya, pues si yo encontrara aquestos señores, ni fuera abrasada Troya, ni Cartago destruida, pues con solo que yo matara á París se excusaran tantas desgracias. Yo apostaré, dijo Sancho, que ántes de mucho tiempo no ha de haber bodegon, venta ni meson ó tienda de barbero, donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas; pero querria yo que la pintasen manos de otro mejor pintor que el que ha pintado á estas. Tienes razón, Sancho, dijo D. Quijote, porque este pin-

tor es como Orbaneja, un pintor que estaba en Ubeda, que cuando le preguntaban qué pintaba, respondia: Lo que saliere; y si por ventura pintaba un gallo escribia debajo: *Este es gallo*, porque no pensasen que era zorra. Desta manera me parece á mí, Sancho, que debe de ser el pintor ó escritor, que todo es uno, que sacó á luz la historia deste nuevo D. Quijote que ha salido, que pintó ó escribió lo que saliere; ó habrá sido como un poeta que andaba los años pasados en la corte, llamada Mauleon, el cual respondia de repente á cuanto le preguntaban; y preguntándole uno qué queria decir *Deum de Deo*, respondió: Dé donde diere. Pero dejando esto aparte, dime si piensas, Sancho, darte otra tanda esta noche, y si quieres que sea debajo de techado ó al cielo abierto. Par diez, señor, respondió Sancho, que para lo que yo pienso darme, eso se me da en casa, que en el campo; pero con todo eso querria que fuese entre árboles, que parece que me acompañan, y me ayudan á llevar mi trabajo maravillosamente. Pues no ha de ser así, Sancho amigo, respondió D. Quijote, sino que para que tomes fuerzas lo hemos de guardar para nuestra aldea, que á lo mas tarde llegaremos allá despues de mañana. Sancho respondió que hiciese su gusto, pero que él quisiera concluir con brevedad aquel negocio á sangre caliente y cuando estaba picado el molino, porque en la tardanza suele estar muchas veces el peligro, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que mas valia un toma que dos te daré, y el pájaro en la mano que buitre volando. No mas refranes, Sancho, por un solo Dios, dijo D. Quijote, que parece que te vuelves al *sicut erat*: habla á lo llano, á lo liso, á lo no intricado, como muchas veces te he dicho, y verás cómo te vale un pan por ciento. No sé qué mala ventura es esta mia, respondió Sancho, que no sé decir razon sin refrán, ni refran que no me parezca razon; pero yo me emendaré si pudiere; y con esto cesó por entónces su plática.

CAPITULO LXXII.

De cómo D. Quijote y Sancho llegaron á su aldea.

Todo aquel día esperando la noche estuvieron en aquel lugar y meson D. Quijote y Sancho, el uno para acabar en la campaña rasa la tanda de su disciplina, y el otro para ver el fin della, en el cual consistía el de su deseo. Llegó en esto al meson un caminante á caballo con tres ó cuatro criados, uno de los cuales dijo al que el señor dellos parecia: Aquí puede vuesa merced, señor D. Alvaro Tarfe, pasar hoy la siesta: la posada parece limpia y fresca. Oyendo esto D. Quijote le dijo á Sancho: Mira, Sancho, cuando yo hojeé aquel libro de la segunda parte de mi historia, me parece que de pasada topé allí este nombre de D. Alvaro Tarfe. Bien podrá ser, respondió Sancho, dejémosle apejar, que despues se lo preguntaremos. El caballero se apeó, y frontero del aposento de D. Quijote la huéspeda le dió una sala baja, enjaezada con otras pintadas sargas como las que tenia la estancia de D. Quijote. Púsose el recién venido caballero á lo de verano, y saliéndose al portal del meson, que era espacioso y fresco, por el cual se paseaba D. Quijote, le preguntó: ¿Adónde bueno camina vuesa merced, señor gentil hombre? Y D. Quijote le respondió: A una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural: ¿y vuesa merced dónde camina? Yo, señor, respondió el caballero, voy á Granada, que es mi patria. Y buena patria, replicó